
Entrevista con Juliet Mitchell*

Angela McRobbie

Angela McRobbie: Me gustaría comenzar con una pregunta que estoy segura has tenido que contestar en otras ocasiones. ¿Qué fue lo primero que te condujo hacia Freud? ¿Cómo describirías la trayectoria política y cultural que siguió?

Juliet Mitchell: En aquel momento fue simplemente cierta curiosidad en torno al hecho de que las feministas norteamericanas fueran tan hostiles a Freud. Su obra no tenía entonces demasiada importancia para los grupos radicales de aquí y sin embargo era un blanco fundamental para las feministas norteamericanas. Leí a Freud y pensé que el ataque feminista estaba más dirigido a la orientación adaptativa que se daba en los Estados Unidos a la psicología del ego freudiana que al propio Freud. Ésta última, en efecto, tenía una dimensión que pretendía que nuestra tarea como psicoterapeutas era conseguir que las mujeres se sintieran satisfechas de su papel en la sociedad. Por supuesto había algo en Freud y en las teorías psicoanalíticas de las diferencias sexuales que podía fácilmente ser interpretado como denigratorio para la mujer; sin embargo, esto dejaba fuera de cuestión una evidente denigración de mayor alcance. La cuestión, en realidad, no era que la propia teoría freudiana denigrase a la mujer sino que trataba de dar cuenta de esa denigración. No obstante, esto se utilizó a su vez como estímulo ideológico para lo que más tarde se conocería como sexismo, aunque a principios de los años 60 se identificaba como patriarcalismo. Shulamith Firestone, en su libro *La dialéctica del sexo*, ya había apuntado el nacimiento simultáneo del psicoanálisis y el feminismo en el siglo XIX, y de hecho continúa existiendo una compleja interacción entre ambos.

*Esta entrevista apareció en el número 170 la revista inglesa *New Left Review* (july/august 1988). Agradecemos a *New Left Review* el permiso para publicarla.

Otra vertiente de mi interés por el psicoanálisis procede de mi interés, más lejano, en el proceso de crecimiento de la persona: la cuestión de cómo nos desarrollamos y evolucionamos desde la niñez hasta la madurez, pasando por la adolescencia. Algún tiempo antes había empezado a trabajar en una tesis doctoral sobre la forma en que las grandes novelas inglesas están estructuradas en torno a la evolución del héroe/heroína desde su niñez. Sentía interés por cómo experimentábamos, en la literatura inglesa a partir del Renacimiento, nuestra transformación en adultos con un sexo determinado -a partir de lo que Freud llamaba la disposición bisexual del niño. En tiempos de Shakespeare al niño pequeño se le designaba con el artículo neutro. ¿Cómo plasmaron los escritores la evolución desde esa condición hasta la de "él" o "ella"? De modo que mi interés en el psicoanálisis me viene a través del estudio de la literatura. En aquel tiempo, como profesora de literatura, empleaba textos psicoanalíticos no particularmente de tradición freudiana sino de una tendencia más existencial.

También influía el contacto con la política de la Nueva Izquierda, que para mí se dio a partir de la lectura de Sartre, de Beauvoir y los marxistas europeos. La Nueva Izquierda introdujo a principios de los años 60 perspectivas psicológicas en la política. En Inglaterra esto había estado ausente en la obra de la generación anterior, cosa que no había ocurrido en la Europa continental. En vez del concepto psicoanalítico del inconsciente utilizábamos explicaciones fenomenológicas; pero con el tiempo se hizo evidente que éstas conducían a una sociologización de los mismos procesos psíquicos que se había intentado rescatar de las crudas descripciones materialistas. La obra de Laing, por ejemplo, se limitaba a una relación repetitiva de interacciones familiares interiorizadas sin mediación: el mundo interior repetía el exterior. En la obra de David Cooper el mundo exterior era repetición del interior.¹ A principios de los años 60 en la revista *New Left Review* publicamos a Sartre, Laing, Cooper y, más tarde, por vía de Althusser, a Jacques Lacan. Esta publicación de textos fenomenológicos y estructuralistas fue un ejemplo de interés en el psicoanálisis, aunque ambas tradiciones contienen una inherente ambigüedad de izquierdas respecto a éste. (Yo diría que la ambigüedad es mutua.) *De Psicoanálisis y feminismo*² —el primer libro que me propuse

¹Véase, por ejemplo R.D. Laing, *The Divided Self*, Londres, 1960, y R.D. Laing y D.G. Cooper, *Reason and Violence*, Londres, 1964.

²J. Mitchell, *Psychoanalysis and Feminism*, Harmondsworth, 1975. (Hay traducción al castellano editada por Anagrama).

escribir, aunque el segundo en aparecer— los apartados habitualmente ignorados en las revistas y los debates eran los que trataban de Wilhelm Reich y R.D. Laing. Estos apartados constituían en realidad mi toma de posición frente a los temas de carácter psicológico que habían influido en mí y en otras personas de la izquierda durante la década anterior.

De todas formas, aunque mi lectura de Freud estuvo inicialmente impulsada por el feminismo norteamericano, este particular contexto político de izquierdas, junto con mi propia trayectoria personal, en cierto sentido fueron más significativos. Reich adquirió importancia a finales de los 60, pero para mí ya ocupaba un lugar destacado puesto que se le había tomado muy en serio en el ambiente anarquista en el que yo crecí. Después de mi infancia, a finales de los años 40 y principios de los 50, todo ese ambiente desapareció de mi vida y quedó soterrado. Sin embargo, la reaparición de Reich en la política radical de finales de los 60 en Alemania y Francia, y en nuestro movimiento estudiantil, me reavivó recuerdos infantiles que se remontaban a los años cuarenta.

A.M.: La tradición europea que mencionas efectivamente refleja un antiguo interés en la socialización de la infancia: en la juventud, la familia y el proceso de crecimiento. En la izquierda alemana y en el movimiento feminista, siempre se ha dedicado mucha más atención a la política para la infancia y a los frenos y limitaciones impuestos por la sociedad burguesa en la vida de los niños. Las prácticas antiautoritarias de educación del niño han tenido una influencia constante a partir de finales de los años sesenta, y las relaciones entre padres e hijos han sido también un tema recurrente en la literatura y el cine de este período. Resulta interesante que en Gran Bretaña mucha de la reflexión sobre el cuidado de los niños se haya concentrado en la responsabilidad del Estado. De forma similar, a pesar del considerable interés del feminismo por la natalidad, éste ha sido expresado en términos de lo que el Estado debería o no debería hacer. En Gran Bretaña, la izquierda y el movimiento de la mujer han puesto mucho menos énfasis en la actitud de los padres y las relaciones familiares, en cómo actuamos como padres y con qué efectos.

Lo que ha habido es un interés sin precedentes en la política juvenil y la cultura juvenil. Sin embargo, este interés se ha definido fundamentalmente haciendo abstracción de la familia. Debemos volver a Laing y sus contemporáneos para encontrar un enfoque más preciso de las relaciones intergeneracionales y los conflictos en el seno de la familia. Me pregunto si Laing estaba reaccionando a su vez contra esa tendencia

anterior, que se daba por ejemplo en Klein, a conceptualizar la familia como una unidad esencialmente estable e invariable. Laing buscaba alternativas a la familia mientras que Klein la tomaba como un algo dado.

J.M.: Creo que Laing estaba reaccionando en cierto modo contra algunos aspectos de una orientación kleiniana en la clínica Tavistock donde trabajaba. Se puede interpretar a Klein atribuyéndole el argumento de que el niño es responsable de todos sus impulsos negativos, que es el niño y no el entorno humano el responsable de todas las fantasías destructivas, envidiosas y demás. Para Klein estos impulsos son emanaciones inconscientes de una pulsión hacia la muerte. La filosofía laingiana invierte esta idea y ve al niño como víctima, la víctima de las fantasías de los adultos - no queda claro si conscientes o no. Personalmente creo que ocurren ambas cosas. Y, por supuesto, existen poderosas fantasías positivas en ambas consideraciones. Klein reconoce esto, Laing no. Para Laing el esquizofrénico es el bueno y la sociedad el malo. Este planteamiento suena progresista hasta que uno recapacita y observa que la sociedad bien podría ser la madre a la que se ha ido adaptando y educando el niño-víctima. Para Klein, existe en todos nosotros -niños o adultos- la "demencia" del amor así como la "demencia" de la destrucción; existe la generosidad además de la envidia.

A.M.: Pasemos a hablar de otras controversias más recientes. En uno de los textos de tu recientemente publicada recopilación, *The Longest Revolution*,³ (La revolución más larga) consideras la cuestión del psicoanálisis y el humanismo. Se trata de un escrito particularmente interesante ya que subraya el terreno exacto a partir del cual Lacan desarrolló su crítica a la psicología humanista del ego y a la forma de psicoanálisis practicada bajo su nombre. No obstante estableces cierta distancia entre tú misma y el antihumanismo lacaniano, particularmente cuando te refieres al trabajo clínico y la obligación que adquiere el terapeuta de ser una persona "entera" o "plena" ante el paciente. ¿Existe contradicción entre la crítica del humanismo y lo que realmente ocurre en el análisis?

J.M.: El analista no ayuda a convertir a alguien en una persona entera o una persona plena. La plenitud vendría a ser la omnipotencia -el concepto de Dios es el concepto de la plenitud total. En cuanto se refiere a la experiencia psicoanalítica, es más bien una cuestión de tolerar una conciencia de esa falta de plenitud: una remodelación o una concien-

³"Psychoanalysis: A Humanistic Humanity or a Linguistic Science?" en J. Mitchell, *Women: The Longest Revolution*, Londres, 1984.

cia de las disyunciones. Hubo efectivamente una moda que insistía en que había que ser personas enteras, pero ignoraba la necesidad de ser incompletos. Los textos en los que Lacan revalorizaba la no completud, la fragmentación, la alienación, estaban, creo yo, equivocados. No obstante, pueden utilizarse provechosamente contra las más estúpidas aspiraciones de tipo deífico del humanismo. Uno no puede ser una persona entera. Cuando no actúa o siente de manera masculina no puede actuar o sentir simultáneamente de forma femenina: las dos posturas son mutuamente excluyentes. Uno sólo puede apropiarse de una postura a la vez. En términos de sexualidad la completud es la visión paródica del monstruo de Aristófanes que lo tenía todo a la vez. El trabajo de psicoanálisis está siempre en la cúspide del humanismo. Darse cuenta de que el sentido ilusorio -y no delusorio- de cierto grado de entereza es una ilusión necesaria por la cual uno vive, de algún modo, una historia de la vida de uno, de quién es uno: eso es parte del trabajo del análisis.

A.M.: Lo que se podría tomar como la otra cara de esto es la vertiente del "nuevo feminismo francés", que parece asumir en sentido positivo una cierta fragmentación y animar a adaptarse a esta condición como modo de ser. Esta postura adopta una feminidad pre-édipica a salvo de la cultura patriarcal.

J.M.: Creo que si una se adapta a la fragmentación se fragmenta; y eso a cierto nivel es la muerte de la psique. En este tipo de discusión debo pensar desde la base hacia arriba. Inmediatamente pienso de forma empírica en términos de pacientes y en lo que estoy haciendo sobre una base de trabajo día a día. La cuestión no estriba en la adaptación sino en el cambio y la inmensa dificultad del cambio. La adaptación resulta bastante fácil: la mayor parte de las personas quieren adaptarse. En situación de análisis la mayor parte de las personas verían la adaptación como sumisión, y uno intenta estar totalmente alerta ante alguien que está siendo muy sumiso. La cuestión clínica acerca de la adaptación se centraría en la razón por la que alguien puede querer ser sumiso. Una persona puede verse cohibida por la sumisión, por la adaptación. No es una cuestión de voluntad, sino más bien de necesidad desesperada, de cambiar. En la teoría freudiana existen dos fuerzas etiquetadas de forma un tanto metafórica como el impulso de "vida" y el de "muerte". Una empuja hacia el cambio, hacia nuevas formaciones; la otra contra el cambio, a fin de preservar el status quo: para conformar círculos alrededor de una misma cosa -estatismo, el centro inmóvil de la angustia, la

clave del trauma. Los dos impulsos se encuentran en nosotros. El cambio supone trabajar con ambos -lo cual es completamente distinto de la adaptación.

A.M.: Lo que resulta sorprendente y quizá más destacable de los escritos de Klein es cómo en su práctica clínica con niños es capaz de atenuar el estrés del niño, de aportar lo que ella llama "alivio". A menudo se refiere al gran progreso que experimenta el niño con sólo una sesión, y a la respuesta de los padres ante el cambio. Esto me impresionó porque el grueso de su obra está referida de este modo al daño aparentemente irreversible ocasionado al niño por la madre; o al menos a la enorme responsabilidad de la madre en llevar a su pequeño hacia la resolución satisfactoria de sus ansiedades.

J.M.: Klein escribe directamente desde su práctica terapéutica, teoriza directamente a partir de su trabajo clínico. No hace lo que Freud, a partir de la tradición teórica del siglo XIX: es decir, utilizar la teoría para trasladar el material en bruto a otros términos. El material en bruto de Klein se articula directamente en la teoría. Ella experimenta sobre el niño como ser privado del pecho materno, interpreta al niño como ser privado del pecho materno y entonces lo teoriza como ser privado del pecho materno. Freud, como digo, está más cerca del científico teórico clásico, que concibe la teoría como el proceso de traducir y transformar el material en bruto. Pero existe además otro factor. Tanto en su teoría como en su práctica Freud siempre reservó un lugar para lo que él llamó los afectos, pero se trata de un lugar particular. Los afectos o emociones se pueden malinterpretar: uno puede sentirse alegre y sin embargo confundir el motivo. El verdadero motivo ha sido reprimido. En este caso la tarea analítica consiste en reconectar el sentimiento consciente a su idea o representación inconsciente. La orientación teórica de Freud enfatiza la representación inconsciente del sentimiento. Klein, de forma algo distinta, pone un gran énfasis en el trabajo con y a través de los sentimientos que se presentan en un marco clínico. Ella va directamente a los afectos, en particular a la ansiedad; interpreta ésta, y si la interpretación es correcta, la ansiedad es disminuida y su causa puede ser examinada.

En cuanto a la cuestión del "alivio", lo que ella está aliviando es la ansiedad en el niño. Al articular en el caso del niño aquello que sabe que le produce ansiedad (conocimiento obtenido mediante la teoría psicoanalítica), puede inmediatamente traducir en palabras aquello que el niño sólo puede traducir en sentimientos. En este sentido uno puede ser

inmediatamente aliviado de la ansiedad, pero en realidad el trabajo no ha hecho más que comenzar. De modo que lo que parece un éxito total es sólo el principio. No el final, sino el principio. Habiendo aliviado la ansiedad uno puede entonces realizar el trabajo psíquico. Freud de hecho no habla de aliviar la ansiedad y entonces realizar el trabajo psíquico, pero sospecho que este proceso se dio en su trabajo. Se da en todos nosotros. Sin embargo Klein lo escribe; se trata de lo que ella experimenta en su propio trabajo.

El otro concepto que debemos introducir aquí es la transferencia. Está por supuesto en todas partes de la misma forma que el afecto está en todas partes -no nos encontramos nunca sin sentimientos, nunca podemos estar sin transferencia-, pero en la teoría freudiana la transferencia también ocupa un espacio no general sino particular. Para Klein, una vez más, su espacio está en todas partes. Aparece desde el primer momento en que el niño está en la habitación con el terapeuta: existe una transferencia y uno siempre trabaja con esta transferencia. Lo que el niño siente se transmitirá directamente al terapeuta y la ansiedad podrá ser comprendida y aliviada. Los sentimientos existen en relación al terapeuta y, ya no tan estrechamente, en relación a los padres; la relación del niño con los padres podrá por tanto mejorar considerablemente. Los sentimientos habrán entrado en la consulta del terapeuta. No se trata de magia, es sólo el primer estadio del trabajo. Parece milagroso, pero en realidad es sólo algo preliminar. Una vez comprendida, la ansiedad ya no se sustrae a la posibilidad de verbalización. La interpretación ha dado palabras a lo indefinible. Por supuesto que los elementos preliminares son muy importantes y puede exigir mucho tiempo; uno debe estar volviendo continuamente a ellos; y por otra parte el proceso no es secuencial en el sentido que lo es escribir acerca de un caso. Al igual que el complejo de Edipo, la mayor parte de las ansiedades primordiales siempre están presentes y poseen una estructura a la que se debe retornar.

A.M.: ¿Qué fue entonces lo que suscitó tu interés en Melanie Klein? ¿En qué sentido te pareció importante?

J.M.: Mi interés surgió inicialmente a partir de una curiosidad personal: como resultado de haber trabajado en algo que no acababa de comprender pero que sabía que era importante. Leí a Freud antes de prepararme para ser analista; también leí entonces a Klein. No entendía palabra de la obra de ésta; sin embargo me parecía que debía ser muy

significativa. Sólo pude encontrarle sentido a Klein cuando inicié mi formación de psicoanalista; sólo entonces vi que podía comprender lo que leía.

Mi recientemente publicada selección de la obra de Klein fue una buena idea, pero no tenía intención muy definida de escribir la introducción. Cuando concebí el proyecto no existía edición de las obras completas de Klein; sus escritos se encontraban dispersos y pensé que habría otros como yo que podrían beneficiarse de tenerlos reunidos en una misma edición. No obstante, la elaboración de la introducción resultó ser un proceso largo y difícil. Aunque profundamente metida en ello, aplacé repetidas veces su conclusión.

Por otra parte, a un nivel práctico y clínico he aprovechado las enseñanzas de los kleinianos, y en este contexto la obra de Klein ha adquirido un importante significado para mí.

A.M.: ¿Por su insistencia en el tema de la madre?

J.M.: Y en el niño pequeño, en realidad, en el niño que no sabe hablar todavía. Mi propia maternidad también contribuyó bastante, creo, a mi interés renovado por Klein.

A.M.: Pero la obra de Klein necesariamente plantea problemas a las feministas, por su manera de subrayar el papel biológico y simbólico de la madre. Desde el punto de vista del feminismo de los años 70, Klein parecería usurparle a la madre cualquier otro papel como mujer -como si no tuviera otros intereses, compromisos o deseos. Posiblemente fue este factor el que, mucho antes, en los años 50, alimentó las ideas de Bowlby contra las que a su vez reaccionaron tan enérgicamente las feministas en los años 60.

J.M.: Existe cierto riesgo de confusión en este punto. Los psicoanalistas escriben desde la perspectiva de un niño, o desde el componente infantil de un adulto. El niño interioriza su experiencia de la madre, sea ésta mujer de negocios, verdulera o ama de casa. Desde la perspectiva del niño la maternidad de su madre es decisiva. En consecuencia, la cuestión ciertamente plantea problemas al feminismo. No sólo existe una responsabilidad determinante de la madre sino que existe otro nivel, no menos importante, de responsabilidad que Klein asigna al padre. Esto último planteó dificultades en un momento en que las feministas intentaban argumentar que no existían diferencias significativas entre los roles paterno y materno. Klein atribuyó papeles distintos a la madre y al padre precisamente cuando nadie quería escuchar nada parecido. Por una parte

las feministas estaban reivindicando el permiso laboral por paternidad para que los padres pudieran ocuparse de los niños igual que las madres; y por otra, la teoría de Klein decía que debe haber una persona distinta que mantenga a la madre de modo que ésta pueda mantener al niño. ¿Cómo podemos, pues, abordar esta insistencia en las diferencias significativas entre la maternidad y la paternidad? Klein no es la única que insiste en ello: la mayoría de los analistas de la tradición psicoanalítica británica también recalcan la importancia de la diferenciación entre madres y padres. En este sentido la obra de Bowlby fue bastante independiente de la de Klein.

Lo que resulta conflictivo de esta valoración analítica para cualquier radical es su proximidad a la ideología burguesa: lo ideal es que exista la figura de un padre como protector de modo que la madre pueda consagrarse al niño. Este aspecto obviamente resulta muy problemático para las feministas, pero lo fue menos cuando las feministas empezaron a subrayar la maternidad como fuerza de la mujer. Cuando esta tendencia del feminismo empezó a decir “no somos iguales a los hombres sino poseemos nuestra propia fuerza maternal derivada de la maternidad”, es cuando las feministas empiezan a interesarse por Klein, así como por Winnicott y otros teóricos de las relaciones objeto. La noción de Winnicott acerca de la importancia de la buena madre fue una reacción a los excesos del período al que te refieres, en el que la madre parecía ser la culpable de todos los males; sin embargo venía a ser una reacción en los mismos términos.

Ha habido también una tendencia a entender que Bowlby culpaba a la madre. No obstante, alguien me recordó hace poco cuánto hizo en realidad por los niños en el hospital. Cuando Bowlby comenzó a escribir, a los niños se les ingresaba separados de los padres en el hospital: se pensaba que era mejor así y basta. Sin embargo, Bowlby vio la aflicción en la cara del niño y transformó nuestra visión del niño en el hospital. De pronto recordé el terror que sentí siendo una niña de cinco años en el hospital en el año 1945. Hoy recuerdo, después de cuarenta y dos años, a los niños en las cunas de la sala; puedo oírles llorar y me los imagino allí, sin recibir nunca una visita. Bowlby acabó con todo eso.

A.M.: Mike Rustin sugirió en 1982, en su artículo publicado en la *New Left Review* (NLR),⁴ que el hecho de invertir sustancialmente en

⁴M. Rustin, “A Socialist Consideration of Kleinian Psychoanalysis”, NLR 131, enero-febrero 1982.

toda una gama de servicios al cuidado del niño, incluyendo la psicoterapia, podría significar un paso hacia la construcción de una sociedad de adultos más estables y por tanto socialmente más responsables. El concebía esto como parte de un proyecto socialista, sugiriendo que con el declive de las viejas industrias manufactureras y la expansión del sector de servicios, valdría la pena promover la extensión de este último hacia formas de asistencia y trabajo terapéutico como parte de un programa comprometido con un cambio social más amplio.

J.M.: Eso es difícil. Mientras una contempla cómo se está destruyendo la asistencia sanitaria, la educación, los servicios sociales -todo lo que es más humano en nuestra sociedad-, cualquier argumento en favor de una cultura de la asistencia resulta tremendamente atractivo. Ahora bien, debo decir que mi mente vacila ante la idea de una nación de psicoterapeutas. En primer lugar, supongo que soy escéptica acerca de que el cambio económico funcione en este sentido. Dicho más claramente, me parece que la ideología de una sociedad orientada hacia el sector servicios enmascara la realidad del desempleo que crece a medida que pasamos no de la producción a los servicios, sino de un tipo de industria productiva a otra -del capital productivo al financiero. No conozco ningún caso en el que el modo de producción haya sido predominantemente el de proporcionar servicios.

En segundo lugar, la visión de Rustin, a pesar de todas sus virtudes humanistas, deja de un lado el problema de las diferencias y los conflictos de clase. En tercer lugar -y en otro orden de cosas-, yo retrocedería a un Freud más ortodoxo y su idea del malestar de la civilización. Podemos observar el dolor e invertir dinero en los hospitales. No podemos invertir dinero en las psiques de todas las personas que cuidan de niños. En realidad no supondría una panacea el hecho de ofrecer una terapia a cada madre. Detrás de este tipo de argumento existe una subestimación voluntarista de la gran dificultad del cambio psíquico. Debe existir algún tipo de conflicto: no puede haber una sociedad sin éste. El niño mejor cuidado tiene un educador que ha crecido con problemas; siempre nos encontraremos en el mismo caso. Y estos problemas se transmitirán de forma diversa.

A.M.: Quizá podamos ahora considerar la aceptación por parte del feminismo del psicoanálisis, independientemente de la terapia y de la cuestión terapéutica. A lo largo de los últimos diez o quince años se ha puesto un énfasis arrollador en el uso del psicoanálisis para la interpre-

tación de textos literarios o de otro tipo. Éste, por ejemplo, ha sido enormemente útil a la hora de explicar cómo vemos la imagen cinematográfica y las maneras en que las mujeres son representadas en diversas formas de imaginaria visual. Desde tu propia lectura de Freud en adelante, pasando por tu trabajo conjunto con Jackie Rose sobre Lacan,⁵ y después por el ensayo seminal de Laura Mulvey "Visual Pleasure and Narrative Cinema"⁶

A.M.: Pasemos ahora de la sociología a la política. ¿Cómo podemos calibrar los éxitos relativos de la política feminista? ¿Hemos sido excesivamente optimistas respecto a lo que se podría conseguir y respecto a los cambios que parecen haber tenido lugar?

J.M.: De alguna forma son los logros del feminismo los que implican el problema, y no sus fracasos. Explicaré esto haciendo una analogía. El interés del feminismo por el psicoanálisis surge en parte del hecho que demuestra lo difícil que resulta la consecución de una feminidad psíquica. Para Freud y para Lacan la feminidad es intrínsecamente algo repudiado por ambos sexos, y por tanto resulta algo indudablemente problemático de asumir para la mujer. Con esto no quiero decir que sea más duro para las mujeres ser mujer que lo es para el hombre ser hombre. La feminidad en cualquiera de los dos sexos es lo que el ser humano rechaza. La feminidad se asocia, no ya con pasividad en general, sino con el hecho de tener necesariamente un fin pasivo.

Pensemos en el niño pequeño después de un período inicial de dependencia e interdependencia, éste se esfuerza por "llevar" las cosas por su cuenta, se marcha con paso todavía inseguro, vuelve y se aleja de nuevo. Necesita un lugar seguro a partir del cual mostrarse activo y perseguir un fin activo: el triunfo, la conquista de la extensión del suelo, el universo. Al volver a su lugar de descanso -en el regazo de su madre, en brazos de su padre (o viceversa)- puede gozar de un fin pasivo: ser amado, alimentado, abrigado y mimado; pero empieza cada vez más a necesitar un tipo de protección que le permita desprenderse. Bien pues, el hecho de desprenderse del cobijo se asocia con la masculinidad, el dominio. Desgraciadamente no es tan sencillo asociar el cobijo con la feminidad, si así fuera podríamos tener la balanza equilibrada. Para conseguir la feminidad, el fin pasivo debe cambiar su

⁵J. Mitchel and J. Rose, eds. *Feminine Sexuality: Jacques Lacan and The Ecole Freudienne*, Londres, 1982.

⁶L. Mulvey. "Visual Pleasure and Narrative Cinema", *Screen*.

objeto: de madre a padre. De modo que por más que la dependencia infantil sea un componente de la "feminidad", este cambio de objeto altera cualquier equilibrio entre pasividad y actividad.

Lo primero contra lo cual protestó el feminismo fue contra las implicaciones de la dependencia infantil; en la segunda fase se identificó con la madre. Estas son las dos fases del feminismo que antes mencionaba. Sin embargo ambas posturas evitan el problema, a saber, la relación de lo "femenino" con lo patriarcal. Por esta razón quiero subrayar que la dificultad estriba en la feminidad y no en el hecho de ser mujer. Por supuesto es importante el hecho de que la feminidad biológica y la psíquica coincidan en ciertas, aunque no en todas, las situaciones. Incluso en estos casos deberíamos recordar que no existe el esquema perfecto. En términos de sociología, yo añadiría que un aspecto de por qué muchas madres satisfechas de clase media y mujeres que han prosperado en sus carreras por cuenta propia a menudo muestran pocas simpatías hacia el feminismo; es que están conformes con el predominio de sus identificaciones activas. Ésta podría ser una —pero sólo una— de las razones de por qué los logros del feminismo le resultan problemáticos a éste mismo como movimiento político. Las consecuencias generan nuevos roles con fines activos y, sospecho, temporalmente restringen el área de la feminidad con la que sus partidarios se deben identificar: el propio hecho de llevar adelante una acción política conduce por sí misma a esta condición.

El rechazo inicial del feminismo hacia el psicoanálisis fue debido en parte al hecho de que la teoría presentaba innumerables dificultades a la feminidad. Después las feministas terminaron por ver que estas dificultades eran precisamente la causa de que no pudiéramos cambiarlo todo. Si pudiéramos, el propio feminismo dejaría de existir. Lo mismo ocurre en la política: los logros no son absolutos. Después de todo, ¿qué significa un logro en una sociedad que condenamos por su condición capitalista y patriarcal? Los obstáculos que producen nuestros fracasos son en realidad los más duros.

Debemos abordar nuestros fracasos porque ahí es donde está el futuro. Son estos los que determinan cuál fue la verdadera radicalidad de nuestra crítica. No es que los logros no sean logros; una jornada laboral de ocho horas es mejor que una de doce. Pero uno debe preguntarse, con respecto a las reivindicaciones de los trabajadores, qué fue aquello en el seno del sistema capitalista que permitió tales reformas. En mi artículo incluido en el libro *What is Feminism?*, argumentaba que

debemos plantear interrogantes a nuestro propio movimiento político.⁷ Es muy posible que existan conexiones entre los logros legales del movimiento de la mujer y la aparición de nuevas formas de trabajo: a tiempo parcial, contratación temporal o a domicilio, parecidas a lo que tradicionalmente ha sido el trabajo realizado por las mujeres. Debemos considerar, pues, lo que se ha conseguido y lo que no, y lo que quedó inmediatamente zanjado de nuevo. Es de importancia vital que desarrollemos una perspectiva histórica crítica sobre estas bases y comprendamos las razones de los logros y los fracasos.

A.M.: ¿Es cierto que una parte de los esfuerzos del feminismo actual se ha enfrentado a lo que parecen ser los logros más inmediatos, digamos, del movimiento sindical? El feminismo ha argumentado históricamente que muchos de estos logros se consiguieron a expensas de las mujeres. Lo que tú parece estar diciendo es que ahora la mujer puede alcanzar todo tipo de igualdades a expensas del antiguo trabajador tradicional. No estoy muy segura de esto por dos razones. En primer lugar, el movimiento de la mujer criticó las discriminaciones de la sociedad capitalista patriarcal y también aquellas que conllevaba la propia izquierda. El objetivo era, por tanto, transformar ambas, particularmente a la izquierda, a fin de poner en primer término los problemas de la mujer, como el aborto, el cuidado de los niños, la contracepción, etcétera. Dadas las dificultades que se han planteado ante estos temas, ¿no resulta sorprendente que el feminismo se haya visto a menudo reñido con los fines socialistas tradicionales? En segundo lugar, me parece que las igualdades son por sí mismas cuestionables. Existen todavía muy pocas mujeres que obtengan los ingresos suficientes para ser plenamente independientes a nivel económico. La mayor parte de las mujeres todavía dependen del mayor nivel de ingresos del hombre para mantener la familia, y la mayoría de familias de un solo progenitor encabezadas por una mujer se ven forzadas a vivir en o por debajo de condiciones de pobreza.

Cuando hablas de la reciente igualdad en el matrimonio de clase media, en el que las mujeres pueden combinar el trabajo con la maternidad y los hombres pueden dedicar más tiempo a los niños, incluso en este medio privilegiado existen desventajas para la mujer. Muy pocas mujeres combinan el trabajo a tiempo completo con la maternidad. En vez de ello,

⁷J. Mitchell, "Reflections on Twenty Years of Feminism", en J. Mitchell y A. Oakley, eds. *What is Feminism?*, Oxford, 1986.

durante este período tienden a trabajar, incluso en el caso de profesiones liberales, sobre una base de tipo *freelance* a tiempo parcial. De una forma u otra sus ingresos son menos seguros y menos regulares que los de su marido. La mujer todavía encuentra una mayor dificultad en reincorporarse al trabajo a tiempo completo al nivel al que podría haber aspirado de no mediar ningún paréntesis, y si el matrimonio fracasa experimentará un gran bajón en su nivel de vida, especialmente si el hombre establece un nuevo hogar y una nueva familia con otra persona.

J.M.: Sí, los logros del feminismo en este sentido indudablemente han beneficiado a la pareja más que a la mujer. Este es un aspecto en el que los logros y los fracasos se pueden observar claramente. La familia de un solo progenitor actualmente puede resultar menos problemática, pero las condiciones sociales y económicas posiblemente sólo han mejorado en aspectos marginales, si es que han mejorado en absoluto. Lo que yo sugiero es que debemos tener en mente estos procesos contradictorios cuando hablamos de los logros del feminismo. Por supuesto que a menudo van en contra de los intereses de la política de clase, pero la política de clase también debe ser criticada cuando se vuelve en contra de la mujer. No estoy en absoluto negando ni pretendiendo examinar el sexismo manifiesto o encubierto inherente a la mayor parte de las luchas de clase; sencillamente estoy señalando otra dificultad distinta en el seno de las diferencias existentes entre los fines del socialismo y los del feminismo. Del mismo modo que debemos preguntarnos qué pasa con las mujeres cuando, pongamos por caso, los sindicatos obtienen ventajas para los trabajadores -lo cual acaba significando para los hombres-, debemos observar lo que ocurre a otros grupos sociales cuando las mujeres consiguen un cambio importante. Se podría argumentar, por ejemplo, que a pesar de que las campañas feministas contra la publicidad sexista hayan podido —¡gracias a Dios!— eliminar algunos de los estereotipos groseramente denigrantes, la industria a partir de ese momento ha vuelto su atención hacia las debilidades y aspectos más precarios de los niños. En la actualidad se ha intensificado realmente el llamado dirigido hacia los niños y hacia las jóvenes quinceañeras. Esto ha implicado cambios evidentes en la articulación de las diferencias sexuales.

A.M.: Para las jóvenes quinceañeras no se trata solamente de adquirir las comodidades, sino también el tiempo, la energía y el trabajo que deben emplearse para alcanzar el éxito. Todo un sistema entero empieza a tomar forma en el que la joven evoluciona a través de una

interminable serie de estadios interrumpidos y determinados por la persecución de estos bienes y objetos. Ni siquiera puede conseguirse un "look" realmente particular en el mundo de la moda juvenil: ésta se encuentra en constante evolución, innovación o reconversión, y cuando una viene a darse cuenta ha llegado otra temporada y otro "look" por los que una debe afanarse. Todo esto, en la esfera de los mass media, está planteado como diversión. Pero toda esta normativa de lo que debe llevarse y el aspecto que se debe tener presenta un cariz delicado. Se acumula una ansiedad con las repeticiones y los imperativos constantes.

J.M.: La adolescencia consiste en forjarse una personalidad propia sobre la base de un cuerpo nuevo y cambiante. *Jackie* y todas las demás revistas no sólo proporcionan información, sino que conectan con este difícil proceso. Los chicos también se sienten inseguros respecto a sus cuerpos pero su caso se articula de forma distinta. La estereotipificación social juega un papel más importante en la formación de la feminidad. La esterotipificación puede influir en cómo se experimenta esa inseguridad acerca del cuerpo, pero no produce la inseguridad. La joven busca una identidad bastante al margen del proceso de educación escolar. Esto tiene algo que ver con la identificación: ella quiere ser como otras mujeres. Las jóvenes están preocupadas por la dificultad que les plantea su propio cuerpo; la preocupación es compartida por los chicos, pero resuelta de forma distinta.

El psicoanálisis puede ayudarnos a comprender esto pero, como ya he dicho, está regido por unas reglas distintas a las de la sociología. El psicoanálisis consiste en acudir al origen de donde procede esta necesidad de identificación, en averiguar las razones de la inseguridad respecto al propio cuerpo y cuál es la relación entre el cuerpo y el yo como sujeto. La gran paradoja es que parte del trabajo político de finales de los sesenta y principios de los setenta que se consagraba a liberar al niño de las estructuras autoritarias que le rodeaban -es decir las formas más tradicionales de escuela, educación de los padres, roles sexuales, etcétera- abrió el camino a que esa nueva libertad fuera explotada por el consumismo pop. La industria estuvo encantada en tolerar la definición de una sexualidad precoz por parte del niño pre-adolescente. Hubo intentos de establecer un fin prematuro al período latente del niño, de canalizar su energía y su curiosidad lejos de todo tipo de actividades, fueran ballet, gimnasia o matemáticas. Si esta energía se invierte siempre en el cuerpo, ¿cómo se pueden adquirir o aprender otras facetas? Nadie les está permi-

tiendo que sean niños en estado latente, y se les está agotando por causa de una energía mal enfocada. El consumismo se beneficia en gran medida de esto y las jóvenes son las que más tienen que perder.

A.M.: Una última pregunta. El hecho de que alguien de tu generación de feministas ejerza como psicoanalista constituye una opción profesional bastante poco usual, así como una dedicación que requiere muchos años de aprendizaje. ¿Resulta muy gratificante este trabajo? ¿Te ves a tí misma ejerciendo la profesión para el resto de tu vida?

J.M.: Sí.